

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Se me ocurre preguntar á los lectores si son aficionados al *bridge*?

Este juego, muy de moda el pasado invierno, va á caer un poco, así me lo figuro, de su pedestal; ya lo ha aprendido bastante gente, y cuando una cosa cualquiera se vulgariza, pierde el sello de buen tono; es infalible. Así que una hechura ó un adorno los ostentan ufanas las niñas del pinar de las de Gómez, se desdennan de lucirlos las dictadoras del gusto. El *bridge*, emburguesado en las reuniones «de confianza», ya perdió aquel sello que tenía al ser importado del extranjero.

A decir verdad, el *bridge*, que hemos tenido que pasar como se pasa el sarampión y el trancazo, es un juego insociable, enemigo de la conversación, y que exige de los *partners* mucho de esa atención profunda concentrada en la nimiedad, que caracteriza á los insignes jugadores de ajedrez. En el *bridge* no cabe distraerse, y el cuarto jugador, que hace el papel de *muetto*, aunque no necesita jugar, está obligado á la misma inmovilidad, al mismo silencio que guardan los otros tres, y que sólo interrumpen las frases sacramentales: —Peux jouer?—Pique, tréfle, coeur, carreau...—Contre.—Sur contre.—Nuestra la levée.—Cinco honores.—Hemos ganado esta manga...

Si un incauto se acerca á los jugadores, ó creyendo llenar un deber de cortesía al saludarles, ó para observar las peripecias del juego, suele ser recibido como perro en partida de bolos. Apenas se contesta á su cordialidad, y se le arroja una mirada distraída, y más que distraída, glacial, de desdiseño. Mientras las mesas de tresillo las veréis siempre rodeadas de consejeros, consultores y mirones, las del *bridge* permanecen aisladas, en el ángulo del gabinete más libre de profanos é intrusos, y á veces os parecen autómatas los cuatro señores que se enfrascan en el juego. Y es que el tresillo, mucho más variado y animado que el *bridge*, permite cierta picante libertad, y fomenta, entre jugada y jugada, la charla alegre, el noticiario y gaceta del día, siendo el juego únicamente el cañamazo ó trama para bordar la comunicación grata entre cuatro amigos, ó por lo menos entre cuatro conocidos que hallan gusto y complacencia en conversar.—En el *bridge* dijérase que son realmente adversarios los compañeros de mesa; dijérase que les anima, á los unos contra los otros, un verdadero rencor, un verdadero instinto de hostilidad.—En el tresillo hay una especie de *argot* ó jerga de jugadores, que se esmalta de dichos oportunos, de ocurrencias á veces felices, de ironías graciosas, de observaciones técnicas. En el *bridge*, las palabras caen como garbanzos duros en una fuente: con sonido seco, dominador. Es un juego de altanería, de egoísmo y de cálculo.

El ajedrez, que conserva su tradicional crédito y para el cual la moda no tiene caprichos, ofrece la singularidad de que lo juega mejor un mecanismo que un hombre. He oído decir que para ser gran jugador de ajedrez hace falta saber muchas matemáticas. Ignoro si es cierto. Lo que puedo afirmar (y por cierto que en ocasiones esta afirmación me ha valido sonrisas de escepticismo, como si yo fuese algún Manolito Gázquez ó un tomo del *Embustero Universal*), es que he visto, en el teatro Robert Houdin de París, jugar el ajedrez á un autómata, ofreciéndose fuerte prima á quien lo derrotase. El autómata vestía de mandarín chino, y su ropón de seda, á flores extravagantes, caía en pliegues rígidos hasta sus pies calzados de fieltro. En su cabeza, un sombrero con campanillas de plata, que producían armonioso tintineo á cada movimiento del moharracho. Adelantaba su peón, su alfil, su rey ó su torre, sin vacilación, con ademán exacto; y ganaba siempre, fuese quien fuese

su adversario. Cualquier espectador compraba, con la entrada, el derecho de batirse con el androide, pero no se había dado caso de que éste quedase vencido.

No habiendo dedicado á este curioso juguete más tiempo ni más atención del que suele concederse á una rareza que se ve durante un viaje, no conozco la explicación que se le da, ni si se le da alguna. Probablemente se trata de la cosa más sencilla; de algo en cuyo secreto están todos los que entran en el teatro. En todo tiempo se ha hablado de autómatas y de muñecos mecánicos. Las dos figuritas de oro representando muchachas, construidas por Vulcano y que sostenían al dios cojo en su marcha difícil, salen á relucir en la *Odisea*. En la Edad Media, Alberto Magno y Rogerio Bacon construyeron autómatas. Toledo guarda la memoria del *hombre de palo*, y Yuste, de los pajarillos mecánicos que volaban y gorjeaban para distraer al César gotoso y triste. En el *Quijote* ocupa lugar la aventura de la cabeza encantada, y Vaucanson debe su renombre á sus tres célebres autómatas, el flautista, el tamborilero y el pato. Pájaros cantores se pueden comprar en Suiza, algo caros, pero sin que constituyan una rareza: gorjean, redoblan, trinan, abren y cierran las alas, saltan de rama en rama y hacen otras mil lindezas.

En cuanto al autómata jugador que he visto en el teatrillo de prestidigitación, ilusionismo y cartomancia del bulevar parisense, aunque la ilusión era perfecta, claro es que debe de existir una explicación del fenómeno, y que acaso sea un pseudo-autómata, como su célebre antecesor, el que ideó un barón húngaro allá por los últimos años del siglo XVIII. ¿O quién sabe si es aquel mismo, remozado, recompuesto, corregido y aumentado por medio de los progresos de la física y la mecánica en nuestros tiempos actuales? Aun siendo un pseudo autómata, el enredo ó superchería tendría mucho de sorprendente. En efecto, al público le invitan á que se cerciore de que ni dentro del muñeco, ni en la silla donde se sienta y la mesa donde juega, cabe que se oculte un hombre. Abren el ropón de seda oriental, y lo único que se ve dentro de él es un complicado mecanismo de ruedas y resortes; por debajo del sillón circula el aire; por debajo de la mesa, lo mismo. ¿Dónde se oculta el jugador que metiendo sus brazos y sus dedos en los dedos y brazos del muñeco, les imprime movimiento? ¿Cómo se explica que juegue tan rápidamente, sin tomarse casi tiempo de pensar la jugada? ¿Cómo se comprende que siempre gane?

La historia del proscrito sin piernas, al cual sirvió de asilo y de medio para asegurar su fuga el autómata del siglo XVIII; la maestría suprema al ajedrez de este proscrito, tienen mucho de novelesco y fantástico. Yo confieso que se me hacen difíciles de creer. ¡Son tantos y tales los inconvenientes que ofrecería este engaño, y por tantos modos y circunstancias podría descubrirse! Al mismo tiempo, necesariamente ha de existir trampa é ilusión en el androide; de otro modo, deberíamos proclamar á su autor rival de Bacon y de Alberto el Grande, y hasta tenerle por brujo como al famoso marqués.

A principio de invierno, con los primeros fríos, llegan siempre malas noticias. Hay una racha parecida á lo que es en la Naturaleza la caída de las hojas. Muere gente conocida—se oye repetir,—como si el hecho de que la gente conocida muera, tuviese más importancia y significación que la muerte de los que nadie conoce—ó como si ese viento frío de ultratumba eligiese las hojas más visibles de los árboles, para arrancarlas y confundirlas en su clásico remolino...

La noticia de la muerte de Emilio Ferrari inauguró la serie invernal. Creíamos sus amigos que se había salvado de la terrible enfermedad que padeció hará tres ó cuatro años, y que los médicos no pudieron diagnosticar bien. Tan pronto parecía una afección nerviosa, como un extraño y no explicado envenenamiento de la sangre. Los síntomas eran caprichosos, varios, crueles; el sufrimiento, indescriptible. Hubo período en que su boca se llenó de una especie de negras telarañas, que le impedían hablar y comer. Entre tanto que esto sucedía, algunos del oficio le envidiaban, porque era académico de la Española.

Que moriría de aquel mal, era cosa descontada; nadie creía que se salvase, y únicamente se aspiraba á que disminuyesen sus dolores y torturas. Cuando menos se pensaba, el mal cedió. Desaparecieron los síntomas horribles, y un poco de bienestar físico sonrió al desgraciado poeta. Pudo ver á la gente, hablarla, salir, entrar, hacer una vida casi normal; pudo escribir un discurso de recepción en la Academia, excelente trozo de prosa castiza, en el cual las ideas estéticas se resienten de la inevitable melancolía, del pesimismo doliente y lamentador y añorador del tiempo que pasó, que engendran estados físicos semejantes al del poeta valisoleño. Los amigos creíamos libre ya á Ferrari del peligro inminente; contá-

bamos con él, le veíamos á menudo, nos alegrábamos al observar que recobraba fuerzas, y nos las prometíamos felices. En efecto, enfermedad donde interviene como factor esencial los nervios deja abierta la puerta á la esperanza ilimitada. Sin embargo, ya en el invierno anterior hubo días en que decayó el enfermo, sin saberse por qué. Y ahora, el telégrafo nos comunica su fallecimiento, después de un ataque—no sabemos de qué género—que duró tres días.

Si el padecimiento del ilustre poeta hubiese recaído en un bohemio desordenado, del antiguo patrón romántico, lleno de vicios y enredado en aventuras, diríamos—repetiendo los lugares comunes que se oyen por ahí como evangelios chinos—que su vida borrascosa tuvo digno remate con tan rara y atroz enfermedad. Por desgracia, en el mundo los hechos no se encadenan de un modo tan ejemplar y docente; las moralejas de la vida real no son tan claras y categóricas. Conozco bohemios incorregibles que llegar á viejos más duros que una piedra y más frescos que lechugas. Y conozco honrados burgueses, padres de familia, establecidos y con cédula de segunda, que mueren prematuramente cargados de alifafes. Todo es ironía en este planeta; los sucesos hacen muecas y sacuden cascabeles bufonescos. Además, cuando hablamos de la vida «que lleva» Fulano ó Mengano, nos referimos á la exterior, á la corteza superficial del vivir; y no tenemos datos sobre la interior, la que «le lleva» á él; la que, escondidamente, le teje sus bienes y sus daños.

Ferrari, en un hogar dichoso, apartado de luchas encarnizadas por la existencia, rodeado de cariño y consideración que merecía por las prendas del carácter y las dotes del entendimiento, «llevaba» un vivir grato, sereno; y su enfermedad fué de atormentado, de un Gerardo de Nerval ó un Alfredo de Musset. ¿Qué sabemos lo que en su cerebro y en su corazón se agitaba? ¿Conoce nadie los senos y repliegues de una psicología de intelectual? La tristeza es inmanente en lo mejor, lo más escogido de la especie humana; y no necesita, para urdir su trama oscura, ni motivos positivos, ni causas razonables. Lo que para un hombre es rasguño, para otro es herida; lo que cae en un espíritu sin alzar polvareda, en otro levanta un torbellino ingente.

Busco en el pasado de Ferrari—á quien conozco desde hace muchos años—qué pudo dar origen á su preocupación, y sólo encuentro una sañuda persecución crítica, perpetrada por un escritor que ponía en ese género de *sport* la porfía del maniático y el ahínco del perro cazador de negros cimarrones en los manglares de Cuba. Es cosa curiosa esto de que un caballero particular, con quien ayer nadie se metía, de repente y por el hecho de haber leído en público unos versos que agradaron infinito y se aplaudieron á rabiar, se convierta, para otro señor que escribe en los periódicos, en ser vitado, reo de excomuniación, al cual hay, no solamente que negar el agua y el fuego, sino que apedrear, escarnecer y maldecir unos cuantos días por semana. Este fué el caso de Ferrari, que expió su triunfo en el Ateneo con cientos de furibundos paliques, donde se demostraba ce por be que era un acéfalo insipiente y un chirle, ebene y sacaplatos de la literatura.—El mejor soneto de Ferrari, y uno de los mejores sonetos psicológicos de la lengua castellana, es el que escribió en desdén de esta campaña, no sólo injusta, sino posma en extremo, porque la atención del crítico digno de este nombre debe estar vigilante á todas partes, y no concentrada con saña pasional en un objeto solo, lo cual parece característico del odio y de la venganza, idénticos al amor en figurarse que la manifestación de los sentimientos de cada uno pueden interesar, atraer y distraer al resto de los mortales.

Y acaso los nervios de Ferrari se resintieron. No lo sé; jamás me lo dijo; lo indico como una suposición. Ese tinglado de los nervios debe de ser delicadísimo, fácil de desbaratar, y á veces se desbaratará por mucho menos. La gente desgrana la sarta de sus consejos prácticos: «No hacer caso... reirse... despreciar...» El que puede seguir tales máximas, es que no las necesita; es que lleva en sí mismo el broquel, la coraza. Cada persona siente de un modo peculiar suyo, y esto no hay sabio consejo que lo remedie. El mal viene de lo interior, y del bien, puede decirse otro tanto. Temamos siempre causar un estrago quiza desproporcionado al golpe que nuestra mano desarga. Cuidemos de no golpear, porque al golpear pudiéramos herir, y al herir pudiéramos matar...

Para el puesto vacante en la Academia de la Lengua he oído pronunciar el nombre del marqués de Cerralbo y el del poeta lemosín Teodoro Llorente. Es cierto que éste reside en Valencia; pero el novelista Pereda residía en Santander, y no fué impedimento.

EMILIA PARDO BAZÁN.